

trado por los compañeros que huían. Sus mejores combatientes cayeron en lo más recio de la lucha; las insignias de la corona, la bandera imperial, y una imagen milagrosa de la Virgen María, la cual, pintada por el evangelista San Lucas, según creían, era considerada como el *Palladium* del imperio, cayeron en poder de los vencedores y quedaron expuestas a sus burlas. Desde este día, la marcha de los acontecimientos se volvió a declarar en favor de los francos. Alejo no podía ya en adelante hacer frente a sus invencibles enemigos en batalla campal, y en su consecuencia únicamente se trataba de si estos lograrían conquistar por segunda vez a Constantinopla.

Los peregrinos por su parte contaban a la sazón tan seguro el feliz éxito de su empresa, que se repartieron el botín, aun antes de que estuviese en sus manos. A principios de marzo de 1204, el Dux de Venecia y los «ilustrísimos príncipes» de la caballería cruzada, con Bonifacio de Monferrato y Balduino de Flandes a su cabeza, hicieron un tratado para decidir de antemano la futura suerte del imperio bizantino. En virtud de dicho acuerdo, los dos grupos principales de que se componía el ejército franco, el de los venecianos y el de los «cruzados», debían nombrar seis electores cada uno, los cuales en su día, después de triunfar sobre los griegos, elegirían para emperador bizantino al mejor y más capaz de sus compañeros de lucha: todo el territorio bizantino quedaría sometido a la soberanía del nuevo emperador latino, pero éste solo recibiría completo dominio efectivo sobre una cuarta parte de dicho territorio, que quedaría sujeta a sus inmediatas órdenes: las tres cuartas partes restantes debían distribuirse por mitades iguales entre los venecianos y cruzados con la condición expresa de prestar servicio de vasallaje al emperador. Se les dejarían intactos en el nuevo imperio latino a los venecianos todos los derechos, usos y posesiones que hasta entonces habían disfrutado en el imperio bizantino; y aquel de los dos grupos principales de los francos de cuyas filas no saliese elegido el emperador, recibiría la iglesia de Santa Sofía, y elegiría el futuro patriarca católico-romano de Constantinopla.

Sin embargo, lo importante era vencer a los griegos; esto es, escalar las altas torres y murallas, que defendían la imperial ciudad en su perímetro. Para poder intentarlo con buenos auspicios de éxito, se prepararon los francos con escalas de asalto y con toda clase de máquinas de sitio, tanto para la lucha marítima como para la terrestre. El 8 de abril estaban ya terminados los aparatos: todo el ejército se colocó en la escuadra que estaba en el «Cuerno de oro» y tomó posiciones en y junto al llamado «Puerto de los Cruzados», que era una bahía situada al Sudeste de la Blacherna. Dirigieron pues el ataque sobre el mismo lienzo de murallas, por el cual habían logrado la conquista de la ciudad el año anterior. Pero esta vez hubo de tropezarse con más fuerte resistencia, porque Alejo V, no solo había trabajado lo posible para la defensa de la ciudad, sino que también corrió en persona inmediatamente a las inmediaciones de la zona amenazada por graves peligros, para reanimar con su presencia el valor de sus tropas. Con esto el primer día de lucha, 9 de abril, causó a los francos una gran derrota; su fiero ímpetu se estrelló ante lo fuerte de las obras de defensa y ante la granizada de proyectiles que caían silbando desde torres y murallas sobre ellos. Después de grandes pérdidas en hombres y efectos de guerra, tuvieron por fin que desistir del asalto. Los griegos prorumpieron en gritos de júbilo y de burla, porque se creían ya libres de todo peligro; pero los francos solo sacaron de su desastre la enseñanza de que debían prepararse con más formalidad y cuidado que antes para dar un ataque decisivo. Las tropas trabajaron sin des-

canso en la reparación y fortificación de las máquinas. Los principales jefes prometieron grandes recompensas a los más valientes, y los sacerdotes fomentaron el entusiasmo guerrero de todo el ejército por medio de solemnidades religiosas. En la madrugada del 12 de abril comenzó el segundo asalto; aun tuvieron que luchar en vano durante largas horas; pero al fin, por la tarde, dos barcos, unidos entre sí por cadenas, lograron llegar firmes a una torre de la fortaleza y asegurar en sus almenas las escalas de asalto. La torre fue pronto tomada y ocupada fuertemente. Casi al mismo tiempo un caballero gigantesco, Pedro de Amiens, logró romper una puerta de la ciudad y entonces el ejército entero, ansioso de matanza y ebrio de victoria, penetró por las calles abiertas. Los griegos cedieron con cobarde espanto: en vano trató el emperador de reunir a los fugitivos y conducirlos a nuevo combate; ni súplicas ni amenazas sirvieron de nada, y al fin Alejo se resolvió a huir «para no servir de pasto a las mandíbulas de los latinos, que no respiraban más que venganza.» Él se escapó hacia el Oeste por la puerta de Oro, y desde allí continuó por el mar. Las llamas de la ciudad, incendiada otra vez por los furibundos vencedores, alumbraron su huida con sus resplandores siniestros.

Pero aun no estaba quebrantada del todo la resistencia de los griegos. En la iglesia de Santa Sofía se reunió un gran número de varones ilustres, y deliberó sobre la elección de un nuevo emperador, que fue decidida a favor de Teodoro Láscaris, valeroso yerno de Alejo III. De buena gana hubiera este aceptado la corona, si hubiera sido aun posible su conservación; pero cuando pasó revista a las tropas que quedaban a sus órdenes, encontró al resto de los warangas impotentes, y a los griegos indisciplinados y cobardes. Entonces dió a Constantinopla por perdida y huyó por el canal al Asia Menor, donde en Nicea había de ser el fundador de un nuevo imperio griego. En las horas de la mañana del 13 de abril ocuparon los francos la mitad Sur de la ciudad, que no se habían atrevido a invadir en la tarde anterior. Desde la iglesia de Santa Sofía les salieron al encuentro pelotones de vencidos pidiendo perdón. Los príncipes cruzados procuraron interesarse por los desgraciados, conformes con la orden rigurosa que habían dado antes del asalto de la ciudad, a saber, que se evitase toda violencia después de la entrada en Constantinopla. Pero sus palabras equivalieron a predicar en desierto. Era demasiado ardiente la codicia de los guerreros por los goces de que habían estado privados por espacio de muchos meses en el campamento de Pera, y demasiado profunda su cólera contra los pérfidos y heréticos griegos, aborrecidos por ellos desde la infancia. Los que más furiosamente gesticularon fueron los hombres que habían vivido como colonos en Constantinopla y habían tenido ocasión de conocer con toda exactitud así los tesoros como la perfidia de los griegos. El asesinato, el incendio y el saqueo se extendieron por las calles: las mujeres y las doncellas fueron arrancadas de los brazos de sus esposos y padres: lo que perdonaba el fuego era destrozado en medio del frenético deseo de destrucción. Oro y plata, armas y ropas, todo lo arrebataron los vencedores, y los tesoros artísticos que durante quinientos años se habían amontonado en la incomparable ciudad, desaparecieron en gran parte en este terrible día. Los eclesiásticos, entre tanto, se pusieron a buscar las innumerables reliquias de Constantinopla, tan celebradas en el mundo, y se apropiaron cuantas pudieron, con celo piadoso.

De esta manera tan horrorosa se cumplió la catástrofe que desde hacía años venía amenazando al imperio de Oriente. Poco más de un siglo había transcurrido desde que Alejo I llamó a su auxilio las armas del Occidente para

consolidar su poder; pero el mismo tuvo la culpa de que la actitud amistosa que el Occidente le manifestó en un principio, se trocara en odio a muerte. Sus sucesores continuaron por el camino por él emprendido; quisieron oprimir a los francos para que les sirvieran de instrumento de su política de dominación universal, infinitamente más de lo que sus fuerzas alcanzaban en realidad; y a la sazón se tocaban los resultados de tan insensatas aspiraciones; el orgulloso imperio, que por espacio de cinco siglos había defendido a Europa del oleaje invasor de las hordas de Asia, cayó, y sobre sus ruinas ondearon las banderas de un ejército de caballeros francos. Pero ¿fue esto, como muchos creían y esperaban, una ventaja para la lucha de la cristiandad contra el islamismo, ó era más bien una desgracia, tanto para los francos de Siria como en general para todos los cristianos que hubieran de continuar en lo venidero la guerra contra los selducidas ó contra los eyubitas?

SIRIA EN 1204

La Siria cristiana se encontraba desde principios del siglo XIII en una situación muy angustiosa: un espantoso terremoto había reducido a escombros gran parte de las ciudades más florecientes: la falta de cosechas y la carestía ocasionaron enfermedades contagiosas, de las cuales sucumbían los habitantes en gran número. En Antioquía murió también el anciano príncipe Boemundo III en el año 1201. Su legítimo heredero era su nieto Ruben, sobrino segundo y protegido del rey Leon de Armenia. Pero aquel joven Boemundo que hacía ya años era conde de Trípoli, se apoderó a la sazón de Antioquía y produjo con esto una escisión tan odiosa como larga entre los cristianos de Oriente. En efecto, el rey Leon acudió sin demora a las armas en favor de su sobrino segundo: en Antioquía podía contar con el patriarca y con la nobleza, mientras que los habitantes de la ciudad estaban por el príncipe Boemundo. Las poderosas órdenes militares del Hospital y del Temple fueron entonces, como de costumbre, de distinta opinión: los hospitalarios se pusieron al lado de los armenios, y los templarios se declararon en favor de Boemundo IV. El papa Inocencio encargó a los dos legados que había enviado a Siria en 1202, los cardenales Suffrido y Pedro de Cápua, que arreglasen la odiosa contienda según derecho y equidad; y en efecto uno de estos legados, Suffrido, hizo prudentes esfuerzos para llegar a una conciliación, aunque fueron inútiles; pero Pedro de Cápua favoreció valerosamente al príncipe Boemundo, y con esto solo consiguió avivar las discordias de los partidos. Por fin, Leon tomó las armas, pero no pudo desde luego causar daños de importancia a su adversario, que era tan intrigante como poderoso.

En estas circunstancias apenas se podía pensar en reanudar la guerra contra el islamismo, cuando, en el trascurso del año 1203, llegaron a Siria los cruzados que no habían querido tomar parte en las expediciones de los venecianos contra Zara y Constantinopla. El número de estos peregrinos no era despreciable, ni mucho menos; pero el rey de Jerusalén, Amalrico, no se atrevió, ni aun con su auxilio, a quebrantar la tregua que había firmado con el sultán Almelik Aladil en el año 1198 y que desde esta fecha había observado con fidelidad. Los cruzados, disgustados de no hallar en Tierra Santa ocupación alguna para sus deseos de pelear, se dirigieron en gran parte al Norte de Siria para decidir la contienda entre armenios y antioqueños. Mas como estas fuerzas se dividieron también y unas se adhirieron al príncipe Boemundo, y otras por el contrario al rey Leon, quedó otra vez en el mismo estado la causa principal, a pe-

sar de su intervención. En noviembre de 1203, los piratas mahometanos ocasionaron la ruptura de la paz entre Amalrico y Aladil. Los cristianos se vengaron desde luego apoderándose de algunos barcos enemigos; después Amalrico se aprestó a acometer mayores empresas; hizo desde Acre algunas excursiones militares por el territorio mahometano y con una escuadrilla hizo atacar de improviso y saquear la ciudad egipcia de Fuah; pero no se llegó a una guerra formal, sea porque Aladil se sentía exhausto, pues también sus dominios habían sufrido mucho por los terremotos, hambre y enfermedades, sea porque no quiso dar motivo alguno al ejército cruzado acampado en Constantinopla para que dirigiese tal vez sus armas contra Egipto. En el año 1204 se pactó entre el sultán y el rey una nueva tregua, que, en el estado en que se hallaban las cosas, pudo considerarse como una dicha para la Tierra Santa. Pero de sus resultas, tanto en Siria como en Europa el antagonismo contra los eyubitas perdió por muchos años la virtud de estimular a los cristianos a la lucha y al sacrificio, mientras que al mismo tiempo la sorprendente conquista de Constantinopla produjo la más profunda impresión en todos los ánimos. Millares de caballeros y escuderos, aficionados a correr aventuras, abandonaron a la sazón las ciudades sirias para ir a buscar en las playas griegas un campo más abundante para llevar a cabo hechos gloriosos y de utilidades materiales. Además de esto, brillantes cohortes de viajeros franceses, que en otro caso hubieran ido a Tierra Santa, dirigían a la sazón sus pasos a Constantinopla, y el poder de los venecianos, señores del mar, se elevó casi a su apogeo aprovechándose de las hazañas de su gran dux Enrique Dandolo.

Por lo que toca a la Siria cristiana, fueron, pues, fatales las inmediatas consecuencias de la cuarta cruzada. El que las consecuencias mediatas tomasen giro más favorable, dependía del grado de fuerza a que llegase la dominación latina en el Bósforo.

IMPERIO LATINO DESDE EL AÑO 1204 HASTA 1261

En Constantinopla reinó al principio franca alegría; los vencedores saborearon las delicias de los ricos tesoros que habían adquirido en la imperial ciudad, y a su modo de ver tenían en perspectiva un porvenir aun más brillante, que les debía tocar en suerte, cuando desde el Bósforo hubieran sometido a su dominación el imperio bizantino entero. Su primer paso, para lograr este fin, consistió en procurar elegir de su seno un emperador latino para el territorio de los griegos, ó como ellos decían para «la Romanía.» Pero ya en esto tropezaron con dificultades, porque no pudieron ponerse de acuerdo desde luego sobre la designación de un solo candidato a la corona imperial. La candidatura del viejo Dandolo, el verdadero vencedor de Constantinopla, en el cual muchos pensaron, no fue tomada seriamente en consideración, porque de ningún modo entraba en los intereses políticos de Venecia el ver a su propio dux en el trono de los Comnenos; pero en cambio cada uno de los dos príncipes cruzados más poderosos, Bonifacio de Monferrato y Balduino de Flandes, deseaba llegar a la dignidad imperial. El marqués alegaba que había estado hasta entonces al frente de todo el ejército franco como general en jefe; que poseía antiguas relaciones de familia entre los bizantinos, y además estaba a la sazón casado con la hermosa viuda del emperador Isaac, Margarita de Hungría, la cual era aun joven. Esta tenía de su primer matrimonio un hijo, Manuel Angelo: Bonifacio era padrastro de este, y por lo mismo tutor, por decirlo así, de un legítimo sucesor del trono bizantino: por eso le llamaban ya los griegos, su «santo emperador marqués.» En cambio la mayoría

de los franceses le era desafecta y los venecianos deseaban colocar en Constantinopla un soberano menos poderoso de lo que él prometía llegar a ser. La mayoría de votos recayó, por consiguiente, sobre Balduino de Flandes, y Bonifacio fué bastante prudente para contentarse al fin con el segundo puesto del imperio, ya que no pudo conseguir el primero. Su renuncia á la dignidad le valió el permiso de someter para sí, además de la isla de Creta, á Tesalónica principalmente, y la mayor parte de las provincias de la Grecia propiamente dicha. Así, pues, el conde Balduino fué elegido emperador por unanimidad, el 9 de mayo de 1204 y coronado con gran solemnidad en la iglesia de Santa Sofía el 16 del mismo mes. Esta iglesia, despues de la eleccion y con arreglo al tratado de particion de marzo de 1204, correspondió á los venecianos, los cuales elevaron inmediatamente á la dignidad de patriarca de Constantinopla á su compatriota Tomás Morosini.

A la sazón era preciso empuñar las armas, para entre todos conquistar los territorios sobre los cuales deseaban dominar Balduino y Bonifacio, y los demás caballeros cruzados y venecianos. Pues hasta en las mismas inmediaciones de Constantinopla, en las ciudades fuertes de Tracia, se mantenían aun entonces dos rivales, Alejo III y Alejo V Murzuflo. Balduino salió á campaña contra ellos, extendió sus dominios en una rápida expedición victoriosa, por el Norte hasta mas allá de Andrinópolis y por el Oeste hasta Tesalónica, y de esta manera obligó á sus rivales á ponerse en precipitada fuga. Alejo V, cuando vió perdida su causa, esperó encontrar protección en Alejo III; mas este le mandó prender, sacarle los ojos y reducirle á la miseria. Sin embargo, de nada sirvió al tirano el nuevo crimen, pues tambien se vió precisado á huir cada vez mas lejos, de pueblo en pueblo, ante las armas de los francos. En esta ocasión trabaron los vencedores acerba contienda unos con otros, porque Balduino se dejó decir públicamente que él pensaba aprovechar sus triunfos para sí exclusivamente, pero de ningún modo para Bonifacio, según se había convenido. Entonces estuvo muy lejos de ceder el marqués: armó á los lombardos, alemanes y algunos franceses adictos á él, amenazó con la guerra, y comenzó las hostilidades contra la caballería franco-flamenca del emperador. La terrible contienda á nadie pareció mas fatal que al prudente Dandolo, el cual, por lo mismo, tomó á su cargo la mediación entre los compañeros combatientes. Bonifacio le atrajo á su partido, desistiendo de sus reclamaciones sobre la isla de Creta para él de poca importancia, en favor de la república de Venecia; y en vista de esta alianza de los lombardos y venecianos, tuvo Balduino que avenirse á entregar definitivamente á Bonifacio la ciudad de Tesalónica, en el mes de setiembre de 1204.

El marqués ocupó en seguida esta ciudad y el territorio de Macedonia adyacente con todos sus establecimientos y guarniciones militares y fundó con ellos «el reino de Tesalónica», que se desarrolló en adelante medio independiente, mas bien al lado que bajo el imperio de Romania. El ciego Alejo V, á quien en este intermedio había hecho prisionero un grupo expedicionario de los francos, fué decapitado asimismo en Constantinopla el mes de setiembre en castigo del asesinato de Alejo IV, antiguo protegido del ejército cruzado.

Despues de estos principios verdaderamente felices se dirigieron Bonifacio y Balduino á diferentes puntos á hacer nuevas conquistas: el «rey» marchó á Tesalia y la Hélade; el «emperador» dirigió sus mejores fuerzas contra el Asia Menor. En este último territorio aguardaban á los cruzados trabajos muy graves, porque casi en todas sus provincias se

habían aprestado los griegos á tenaz resistencia. Dos príncipes de raza Comnena, Alejo y David, nietos del terrible emperador Andrónico, aprovechando la confusión de los últimos tiempos, habían fundado en la lejana Trebisonda un Estado independiente, al cual incorporaron casi toda la costa septentrional del Asia Menor. Al frente de este nuevo imperio griego estaba el mayor de los príncipes, Alejo, con título de emperador y con el sobrenombre de el gran Comneno, el cual llevaron tambien sus sucesores. En el Oeste del Asia Menor se habían declarado jefes independientes un gran número de audaces guerreros, como Leon Gabatas en Rodas, Manuel Maurozomes en el Meandro y Teodoro Mangafas en Filadelfia. Pero lo mas trascendental de todo



Sello del emperador Balduino I

era, que aquel jóven y valeroso varón, que en los últimos momentos de existencia del antiguo imperio bizantino había sido su emperador, esto es, Teodoro Láscaris, yerno de Alejo III, había adquirido gran partido en Misia y Bitinia, y una sólida posición en la plaza fuerte de Prusa para luchar con los latinos. A pesar de esto, los caballeros cruzados pasaron el Bósforo y el Helesponto con varias brigadas del ejército en noviembre de 1204, tomaron algunos pueblos, particularmente la importante ciudad de Pege en Misia, y, peleando con tanta felicidad como audacia, destruyeron repetidas veces al ejército griego, infinitamente superior á ellos en número.

Mas apenas habían logrado todo esto, cuando se vieron puestos en el mas apurado trance por otro lado; pues el mas peligroso enemigo, que durante el último decenio habían tenido que combatir los bizantinos, esto es, el rey de Bulgaria, Juan, avanzaba á la sazón contra los francos. Estos le habían ofendido gravemente, al rechazar en son de burla con necia arrogancia la amistad y alianza que les había ofrecido. Podía vengarse de aquel desaire, tanto mas fácilmente, cuanto que los griegos de Tracia, cruelmente maltratados en muchos pueblos por sus nuevos señores, dirigían su vista poseídos de desesperación hácia un libertador, y por lo tanto, no se desdaban de aliarse secretamente con el feroz y bárbaro príncipe de Bulgaria para aniquilar á sus opresores. En marzo de 1205 se sublevaron de repente los habitantes de Andrinópolis y de otras ciudades de Tracia en sangrientas sediciones y mataron ó expulsaron á las guarniciones de los francos. Balduino y Dandolo volaron inmediatamente con todas las tropas disponibles y sitiaron á Andrinópolis; pero entonces se presentó tambien allí Juan con innumerables huestes de caballería ligera en su mayor parte. El 5 de abril vinieron á las manos los ejércitos: los caballeros cayeron con insensata precipitación sobre los despreciados enemigos, los cuales cedieron huyendo al choque de los escuadrones de coraceros, hasta que estos se detuvieron extenuados de cansancio, y entonces sucumbieron casi indefensos á manos de los bárbaros que por todas partes les acometían. Treientos de los mejores caballeros fueron muertos ó hechos prisione-

ros, hallándose entre estos últimos el mismo emperador Balduino. El resto del ejército franco no se pudo sostener despues de esto en el interior de Tracia, y dejó la provincia entera hasta la costa meridional, en poder de los enemigos vencedores. El viejo Dandolo, profundamente afectado por tan terrible cambio de la suerte, murió cercado de cuidados y pesadumbres el 1.º de junio de 1205.

La grave derrota llevó inmediatamente su fatal influencia al teatro de la guerra de Asia; las huestes militares, que hasta entonces habían peleado allí victoriosamente, tuvieron entonces que regresar precipitadamente á Europa. Teodoro Láscaris aprovechó con habilidad y fortuna la ocasión que por este medio se le ofrecía de extender su poder en todas direcciones por el Asia Menor occidental, y en poco tiempo logró ser reconocido como emperador por los griegos de aquellas regiones en general. Desde entonces fijó la residencia de su soberanía en Nicea.

Entre los caballeros cruzados que volvieron de Asia para salvar el imperio, encontrábase, sin embargo, un varón de grandes dotes, el conde Enrique, hermano del emperador Balduino, general tan circunspecto como hábil hombre de Estado. Los grandes le eligieron en seguida regente del imperio, y pronto tuvieron suficiente motivo para mirar con gratitud á su nuevo jefe supremo. Los búlgaros fueron combatidos por él, con varia fortuna ciertamente, pero en general victoriosamente, y se reconquistaron para el imperio los territorios principales de Tracia. Favoreció mucho á los francos en esto el que los griegos, atormentados con mucho mas rigor que antes por las feroces bandas del rey Juan, se declararon espontáneamente dispuestos á volver á la dominación de un emperador latino. Enrique conoció las ventajas que se podían sacar de esta actitud conciliadora; y en su consecuencia se presentó amistosamente á los griegos, y les tomó á su servicio en lo que le fué posible. Dió en feudo á Andrinópolis con otras ciudades de Tracia al muy distinguido Teodoro Branas, pariente de los Comnenos, y gracias á esta política se conquistó mas y mas las simpatías del pueblo griego. Así se mostró en alto grado capaz para desempeñar el difícil papel de regente, hasta que al fin, en el verano de 1206 se supo que el emperador Balduino había fallecido, no se sabe si de muerte natural, ó asesinado en la prisión por los búlgaros. En la designación de sucesor no hubo desacuerdo alguno de opiniones entre los jefes del ejército franco; el ilustre regente fué elevado á la dignidad de emperador de Romania en el mes de agosto de dicho año.

Mientras todo esto sucedía, pasó tambien la Grecia propiamente dicha por muy diversas vicisitudes; pues para la conquista de este territorio se presentaron en el camino de los francos, obstáculos semejantes á los encontrados en el Asia Menor. En los países que se extienden bajando la cordillera del Pindo desde Dirraquio hasta Naupacto había fundado una soberanía independiente un ilustre griego, Miguel Angelo-Comneno, el cual, como lo indica su nombre, procedía de los Angelos y de los Comnenos. Como príncipe de dicha soberanía se contentó con el título bizantino de «déspota»; y su Estado fué designado por lo mismo con el nombre de Despotado de Epiro, cuya capital fué Arta. En la parte oriental del Peloponeso, en Atica y Beocia, hacia muchos años que Leon Sgueros, según se ha mencionado atrás, ocupaba una posición parecida, y se preparaba precisamente entonces según lo permitieran sus fuerzas á apoderarse de otros despojos del imperio bizantino. El marqués Bonifacio consideró á estos hombres como usurpadores, que se habían apropiado ilegalmente territorios particulares del reino que le pertenecían. Por tanto, en el otoño de 1204 avanzó desde Tesalónica en dirección al Sur con un respe-

table ejército de lombardos, franceses y hasta griegos que supo atraerse con mucha habilidad. Dejó sin combatir al déspota del Epiro, cuyos territorios consideraba en segunda línea: por el contrario, sometió á los habitantes de Tesalia, arrojó de la Hélade á Leon Sgueros y penetró en el Peloponeso. Aquí se detuvo su marcha victoriosa, porque no pudo tomar desde luego las fuertes plazas de Corinto y Nauplia; pero poco tiempo antes en el Peloponeso, otro príncipe, el jóven Godofredo de Villehardouin, sobrino del historiador de la cuarta cruzada del mismo nombre, emprendió por su propia cuenta la lucha contra los griegos, y se presentó á la sazón en el campamento del rey á pedirle auxilios. Allí encontró á Guillermo de Champlitte, oriundo de la casa de los condes de Champagne, y se ofreció á entrar al servicio de este, con tal que accediese á prestarle apoyo para someter el Peloponeso. Bonifacio se alegró de que estos dos señores intentasen llevar á cabo esta empresa, y ambos obtuvieron en ella el mas brillante resultado, ora aterrando á los griegos con la punta de sus espadas, ora obligándoles á someterse pacíficamente dejándoles los antiguos derechos y costumbres del país.

Mas cuando las huestes del marqués Bonifacio estaban aun acampadas delante de Corinto y Nauplia, influyó tambien de un modo deplorable en este teatro de la guerra la lucha de los búlgaros con los latinos; pues el rey Juan, pocos dias despues de su victoria de Andrinópolis, se dirigió hácia el Oeste y sitió á Tesalónica. Ya había tomado la ciudad; la ciudadela se defendía con trabajo y Bonifacio tuvo que volver precipitadamente á salvarla. Ciertamente logró libertar la ciudadela, recuperar á Tesalónica, rechazar poco á poco á los búlgaros y extender sus dominios por el interior de Macedonia; tambien es verdad que entró en las mas cordiales relaciones con el emperador Enrique en la época inmediata, que rindió homenaje á este como á su jefe feudal supremo, le dió por esposa á su bella hija Inés, y acordó con él en el verano de 1207 una gran campaña comun de desquite contra los búlgaros; pero se acercaba el fin de su vida; pues apenas hubo pactado el mencionado convenio, cuando en una excursión guerrera cayó en una emboscada búlgara y quedó mortalmente herido. Los suyos, en medio de la confusión que se produjo, le dejaron en la estacada: su cabeza separada del cuerpo, fué llevada al rey Juan, el cual celebró mucho que «hubiera muerto á manos de su gente el caballero mas valiente y generoso que jamás había visto el mundo.»

Su temprana muerte fué un golpe sensible para los francos; pues el rey Juan se dirigió luego con grandes fuerzas contra Tesalónica á fin de ponerle sitio. Este peligro pasó mas pronto de lo que se podía esperar, porque el príncipe sanguinario de los búlgaros fué muerto por su propia gente en el campamento delante de Tesalónica el 8 de octubre de 1207, y en su virtud, los búlgaros se dividieron en diferentes bandos. El rey Boril, sobrino y sucesor de Juan, fué reconocido tan solo por una parte del pueblo y experimentó la derrota mas completa por parte del emperador Enrique, cerca de Filipópolis, en 31 de julio de 1208; de suerte que los francos quedaron bastante seguros, á lo menos por de pronto.

Pero en Tesalónica se levantó por aquella época un nuevo enemigo del imperio latino. El marqués Bonifacio dejó de su esposa Margarita únicamente un hijo, de menor edad, llamado Demetrio, en cuyo lugar se encargaron del gobierno el condestable Buffa y el conde Oberto de Biantrate, hombres ambiciosos que aspiraban á una posición independiente, esto es, á la separación de Tesalónica del imperio. El plan que tramaban halló los aplausos mas entusiastas de parte de los condes y señores lombardos que Bonifacio había instituido